Las vacaciones de la psicoanalista (Equivocaciones)

César Hazaki

Estaba en ese intermedio en que la vejez comienza a dar los primeros pasos, ya no dormía toda la noche de un tirón. Hacía una larga parada desvelado entre las dos y las cuatro de la madrugada. Se encontraba en una estación que describía como de «nada blanca» —comenzó a llamarla así cuando se dio cuenta de que apenas despertaba prendía todas las luces de la casa— y se vio obligado a inventar maneras de transitarla. No quería tomar somníferos, le caían muy mal dado que lo dejaban con resaca, entonces, a fin de aminorar los efectos de la «nada blanca», estableció rituales para que el sueño volviese: comenzaba comiendo en la cocina una fruta pelada minuciosamente, después prendía la televisión y miraba dibujos animados. Le llevó bastante acostumbrarse a ese tiempo desvelado. A causa de él tuvo que cambiar sus rutinas diarias, pero la «nada blanca» dejaba secuelas difíciles de sobrellevar en su andar cotidiano, le era imposible atender pacientes en horas tempranas de la mañana. Obligado por ese impase en el dormir, ya no creía que fuese a desaparecer, estaba convencido de que había llegado para quedarse. Por lo pronto, él comenzaba su tarea de psicoanalista después del mediodía.

En una infortunada noche de «nada blanca», tras prender las luces y comer su fruta pelada a la perfección, tuvo la tentación de volver sobre un caso clínico que tenía que presentar en menos de un mes en un congreso de psicoanalistas. Desechó la idea, no quería industrializar el insomnio dado que solo conseguiría alargarlo cada vez más y la segunda parte del sueño se iría angostando para transformarse al fin en un cabeceo leyendo un libro o en estar casi quedarse dormido frente a la computadora. Eso implicaba que ya al mediodía su rendimiento laboral sería pésimo. Pensar con otro era intrincado y lleno de sutilezas para pesquisar con la atención puesta en los movimientos de transferencia y contratransferencia. Todo ese proceso requería lucidez y de todo su cuerpo para que su tarea fuese eficaz. Prendió la televisión y comenzó el largo zapping para llegar al canal de Disney, y de modo sorpresivo ocurrió un reencuentro con su infancia, ya que mientras los dibujos animados pasaban volvía, lentamente, el sueño entre sonrisas. Era tan poderoso el método que le permitía evitar somníferos que, al segundo bostezo, regresaba relajado a la cama. A este proceso lo llamaba el «Asalto al Moncada Hasta la Madrugada». Despertaba fresco y enérgico cuando sucedía.

Mientras se arrellanaba en el sillón tropezó con un canal de noticias que informaba en vivo y directo el lento hundimiento de un crucero en las costas italianas. Se trataba del Costa Concordia que estaba encallado frente a la isla de Giglio, en la Toscana. En el barco viajaban cuatro mil doscientas veintinueve personas. El tour de una semana por el Mediterráneo tenía escalas en Palma, Cagliari y Palermo; alelado, entendió que había partido de Roma.

Llamó su atención el incidente ya que le trajo a su memoria la última conversación que había tenido con Florencia, a las apuradas, en esos pocos minutos de impase entre paciente y paciente, antes de despedirse. Flor le comentaba con un gran entusiasmo que por fin conocería la ciudad de Rómulo y Remo, que partía para embarcar en un crucero. Se la escuchaba entusiasmada con esta experiencia de viajar sola en barco, tenía la expectativa de devorarse Roma con los ojos y escuchar hablar en italiano, idioma que la seducía. Llevaba varios libros de Tabucchi e Ítalo Calvino en edición bilingüe. El diálogo había sido acelerado: el timbre del consultorio de Florencia insistía, «es el paciente de las 11.15», dijo, y a los apurones él le pidió que le trajera un soldadito romano de hierro, un legionario pesado y trabajado a mano por expertos artesanos. Sucede que el guardia pretoriano estaba, desde hacía tres años, al servicio del autorreproche. La vez que lo vio en aquel original comercio de la Piazza Navona le gustó mucho, entró decidido a comprarlo pero el elevado precio, noventa euros, lo detuvo. Medido como era en sus gastos, no lo adquirió pese a lo mucho que lo deseaba. Como ocurría siempre con sus vueltas obsesivas, apenas llegó a Buenos Aires de lo único que se acordaba del viaje era del soldado que había quedado en la vitrina. Se sintió un tonto amarrete. Cuando le preguntaban sobre su periplo romano, al hablar se le hacía presente en sus manos la sensación de placer que el peso y la textura del legionario habían dejado. Por eso el viaje de Florencia le dio la oportunidad de enmendar este estado neurótico en el que se le imponía la retrógrada convicción de que todo tiempo pasado fue un conjunto de oportunidades perdidas y, pese a la urgencia de terminar la comunicación telefónica, le indicó la ubicación del local en la entrada de la Piazza Navona, donde esperaban en fila tanto legionarios como guardias pretorianos, carros romanos de combate, grupos de infantería formados en las posiciones tortuga que hicieron al ejército del imperio prácticamente invencible.

A las cinco de la mañana informaron que había pasajeros argentinos en el Costa Concordia, esto lo convenció: Florencia estaba entre las víctimas fatales del hundimiento. De sus ojos rodaron lagrimones y se dio cuenta de que entre el insomnio, la noticia y sus fragilidades se había formado una tormenta perfecta en la que se imaginó a Florencia encerrada en su camarote, muriendo lentamente y pidiendo auxilio. En ese instante notó que había desbarrancado, que el desamparo dominaba su vida. No hallaba ni el GPS, ni el control remoto, su vida había entrado en un *no sabe, no contesta*. Torpes supersticiones afloraron en su mente de niño abandonado. Se convenció de que el pretoriano de hierro era un agente de mala suerte, que cargaba un maleficio que hizo que el barco se hundiera. Sus exageraciones lo llevaron a pensar que Florencia, que sabía de sus limitaciones para darse los gustos, le había comprado una escuadra entera. Esta certeza lo llevó a otra: ese regalo desmesurado de su querida Florencia seguramente estaba mal estibado y su movimiento fue una de las causantes de la escora que había tumbado al moderno crucero.

A renglón seguido se enojó con Flor, la hacía responsable de que los soldaditos no llegaran a sus manos. En el colmo del berrinche, la acusó de ser egoísta por ahogarse para no cumplir con su promesa. Mirando la foto que tenía de ella en la biblioteca, le dijo que era como sus padres cuando lo vistieron para llevarlo al circo y lo metieron en un hospital en el que le sacaron las amígdalas de una forma tan brutal e inesperada que al día de hoy tenía anginas a repetición.

~~Ya~~ Gobernado por la desesperación y el descontrol de su mente, se inclinó para rezar. Trataba de recordar el Padre Nuestro y fracasaba a la primera oración, intentó con el Credo y tampoco pudo. Al buscar en su memoria el Ave María, le llegó un mensaje de texto que decía: «Imagino que estas despierto, te recuerdo que no viajo en el crucero Costa Concordia. Estoy haciendo un viaje soñado, lleno de sorpresas. En una semana estoy en Bs. As. Mucho para contar. Abrazo Florencia, más Flor que nunca».

Gritó, saltó, lloró hasta agotarse y finalmente se avergonzó por la regresión (como psicoanalista experto entendía que era grave e inesperada). Sus defensas habían fallado tremendamente ante el trauma. Luego de treinta años de tratamientos con psicoanalistas prestigiosos, se encontraba como la primera vez que fue a una consulta, en la adolescencia, luego de la muerte de su padre. Rendido, no se dio cuenta cuando se durmió, en el mismo sillón en que se había desarrollado el drama. Al despertarse, luego de un sueño en que solo lloraba sin emitir palabras, suspendió las consultas del día, sin titubear. Necesitaba recomponerse. Hasta no desentrañar algo más de lo que le había ocurrido, no abriría la puerta de su consultorio a ningún paciente. En ese estado no podía meterse con las sutilezas vinculares y tramas inconscientes de otras personas.

Más tranquilo, recorrió toda su historia con esa compañera entrañable de la vida que era Florencia. Habían sido compañeros de escuela secundaria, luego novios. Fueron juntos a la facultad. En la mitad de la carrera se casaron y algunos años después se separaron. Después fueron amantes, amigos con derecho a roce y, actualmente, habían arribado a una permanente ternura amistosa que los unía en cualquier circunstancia. Eran verdaderamente el uno para el otro de forma incondicional. Amigos solícitos que se cuidaban las espaldas. Si alguno de los dos estaba enfermo, el otro hacía de soporte, intercambiaban opiniones sobre temas de la clínica psicoanalítica, y por supuesto, supervisaban las novedades y desventuras de sus devaneos amorosos con las parejas de turno. Ninguna pareja que alguno de los dos estableciera soportaba la relación que tenían. Todos se sentían celosos, por eso eran cuidadosos en los comentarios y encuentros. El mejor momento para verse era antes o después de las reuniones científicas de la institución psicoanalítica.

En esa casa tampoco eran muy bien vistos, se podría decir que a los demás les producía escozor que se mantuviesen tan compinches en un mundo institucional atravesado por los amores contrariados, los cruces amorosos clandestinos, las separaciones y los nuevos casamientos entre integrantes del grupo. Esos malestares estaban como adosados a las paredes: se inscribían allí con tinta invisible las trifulcas y desaires amorosos, celos patológicos, secuelas paranoicas del desamor, en fin, allí estaba la sangre que no se borraba y era el sustrato oculto en los debates teóricos.

Florencia, además, era vista como una persona muy dura en los debates. Se le reconocía que su agudeza y consistencia era mucho mayor que la del resto, pero inmediatamente y por lo bajo la llamaban Castrol. Los hombres no soportaban una mujer tan aguda y sesuda, algunos de ellos fueron los que en sordina popularizaron el apodo. Debido, en gran parte, a su personalidad avasallante, la alianza con Mario era considerada más odiosa. En el ambiente “psi” eran vistos como inseparables y eso producía mucha envidia entre sus colegas, sentimiento que se ocultaba bajo racionalizaciones que ponían en duda aquellas transformaciones del amor. Fue así que se echó a correr el rumor de una relación patológica y se cuestionó a los analistas de ambos por no hacerlos romper esa llamativa y extraña simbiosis.

Se encontraron al día siguiente de la llegada de Florencia en el bar colindante de la asociación que los cobijaba desde siempre. Al llegar, la vio ocupando la mesa en la que habitualmente se sentaban a cuchichear tanto asuntos personales como chismes de pasillo de la institución. Estaba espléndida, rejuvenecida. En el medio de la mesa, pudo distinguir dos soldados romanos en posición de ataque con sus jabalinas, uno dorado y el otro plateado. Le dio un beso mientras tomaba un soldadito en cada mano. Se quedó un rato sintiendo el hermoso placer que le producían entre sus dedos y finalmente pudo preguntarle cómo le había ido.

Caro Mario, comenzó Florencia en italiano, fue *bellisimo. Incredibile. Vi dirò a voi que* *tutto*, pero *tutto* ha sido soñado. Mi soledad era relativa, había contratado un camarote en primera con balcón con una vista maravillosa y permanente al mar, me acompañaban Tabucchi e Ítalo Calvino, leía sentada en cubierta mientras observaba a los pasajeros, sus costumbres, sus maneras de comunicarse, también si había conocidos y sobre todo controlaba que ningún ex paciente estuviera en el barco. O sea, era una dama recatada que tenía la expectativa de tener todo bajo control, ya sabés, mientras me iba acercando a Roma en compañía de Sostiene Pereyra, de Seis Propuestas para el Próximo Milenio, de Punto y Aparte, de Las Ciudades Invisibles, de Sueño de Sueños, los últimos días de Fernando Pessoa. Pasando esas horas de la mañana en una reposera, vi a un hombre muy elegante que caminaba por la cubierta. Creí registrar una cierta mirada de conquista pero la deseché. En la noche lo volví a encontrar en la cena. Te diría que me pareció que había arreglado discretamente para cenar en la misma mesa que estaba yo. El hombre era pausado para todo, tenía sus formas de caminar, de comer, todas parecían sacadas del elogio de la lentitud que hace Calvino en las Seis Propuestas. Al principio de la cena estuvo mucho tiempo callado, finalmente, cuando comenzó a hablar en italiano creí desfallecer. Astuto, llevó la conversación hacia la relación entre Kublai Khan y Marco Polo, personajes imperdibles Las Ciudades Invisibles, libro que seguramente me había visto leer con devoción esa mañana. De esta manera, un poco en inglés, mucho en italiano y algo en español, se convirtió en el anfitrión soñado, en el erudito complaciente que traduce maravillosamente el sentido de ese libro a quienes comíamos con él. Las preguntas lo llevaron a decir que Calvino describe a un emperador aburrido de sus posesiones que necesita los relatos de Marco Polo, es decir, una ficción sobre el inmenso y ya inabarcable territorio sobre el que domina Kublai. Agregó que muchas historias devenidas del sueño o de la ensoñación diurna son las bases en las que se construye una verdad imperecedera. *Imperdibili, incredibili*.

Mario, que no soltaba sus soldados de plomo, estaba cada vez más atento al relato. Se daba cuenta de que Florencia todavía volaba en su alfombra, ya que mezclaba en cada frase palabras en italiano con otras en castellano. Nada es más importante, pensaba, que un sueño que se hace realidad: él era otro ejemplo con sus soldados, a los que mantenía aferrados entre sus dedos, como un niño que teme perderlos o que se los roben.

Florencia prosiguió: Esa noche me fui a dormir te diría que en el aire. Estaba convencida de que el italiano, que ya era mi Marcelo Mastroiani, sabía mis deseos y sobre todo cómo hacer para acercarse a ellos. Hacía tiempo que no vivía una experiencia así. Era la reencarnación de Casanova. Las sutilezas con que me sedujo por vía de Tabucchi y Calvino en la cena me dejaron conmovida. A la mañana siguiente, bien temprano como te imaginarás, estaba yo en la cubierta leyendo a Tabucchi, más precisamente su libro sobre los últimos días de Pessoa. Me saludó con cortesía y siguió su camino, se veía que tenía una rutina de caminata que respetaba. A su cuarta pasada me pidió permiso para sentarse en la reposera de al lado. Imaginate la alegría que me dio. Luego de un estudiado y sereno silencio me dijo: *Tabucchi è la gioia che Pessoa con la sua desasosiego non avrebbe mai potuto trovare. Ma sono l'uno per l'altro*. ¿Entedes? Te lo traduzco entonces: Tabucchi es la alegría que Pessoa con su desasosiego nunca pudo encontrar. Pero son el uno para el otro.

Lo dijo pausadamente para que pudiera traducirlo, también puso el acento en aquello del uno *per l´altro*. Yo estaba segura de que podía habérmelo dicho en español, pero sabía que esta comunicación deseante que nos unía hacía de traducción simultánea en nuestras cabezas, mejor dicho, en la mía, dado que Casanova-Mastroiani dominaba varios idiomas. Querido Mario: así como muchos peregrinaron a Roma para ver al Papa, otros para fascinarse con Lacan, yo iba en una alfombra voladora salida de las Mil y una Noches. Me dijo que daría dos vueltas más al barco y que por favor lo esperara. Recuerdo esa frase y me he repetido incontables veces: *Resta qui vi prego di tornare presto*. Así indicó que su tiempo era para mí.

Al volver se sentó nuevamente en la reposera de al lado, quizás para reponerse estuvo en silencio unos cuantos minutos, yo estaba enterrada dentro del libro para que no se notara mi ansiedad. Con serenidad y mirando en lontananza me dijo: *Non hai dormito bene la notte scorsa*. Casanova afirmaba, de esa manera, que ambos habíamos dormidos inquietos por la excitación que nos atravesaba. Solo contesté: *è vero*. *Doppo*, rozándome suavemente la mano *me ha detto*: -*La bellísima e* *imperdibile luna rossa* sale *per* el balcón de su camarote de babor aproximadamente a las 23.30.

Sabía la ubicación de mi camarote, el horario de la salida de la luna de fuego en el horizonte del mar. En su comentario no había el pedido de que le abriera la puerta, tampoco el formalismo de concretar una cita amorosa. No, daba por resuelto que veríamos desde mi balcón de primera clase la salida de la luna. Mi Casanova quería hacer de la *luna rossa* un cuento *meravligioso per noi ¿capice?* Habíamos pasado de esa guerrilla del coqueteo a la toma de la Bastilla. A la urgente necesidad de tomar la plaza.

Cortésmente, siguió sus rutinas y ambos pasamos el día esperando que llegase pronto las 23.30. Imaginate, me preparé como nunca para un cita, me hice unos masajes con piedras de jade luego de una clase de pilates, fui a la peluquería a oscurecer las canas, estaba preparada para vivir el evento con la mayor intensidad. Para mí, un sueño increíble hecho realidad: hacer el amor en un camarote de lujo acompañando a la luna que ardiente y roja ascendía en los cielos. Encargué unos bocaditos exquisitos por si el hambre nos asaltaba en medio de la noche. No tenía dudas de que el encuentro iba a ser prolongado.

Llegó a las 23.10 con una botella de champagne francés. Con una copa en la mano cada uno, fuimos viendo asomar a la luna en el horizonte, era un fuego, y, en ese mismo momento, nos besamos, nos tocamos, alguna ropa cayó al mar. Que me desnudara, que lo desnudara fue un acto mágico. Su piel hacía armonía con la mía. Su cuerpo me parecía maravilloso.

Me fue llevando sabiamente, hizo que perdiera todos los controles, que mis ganas de dirigir en la cama, de tomar el mando como en tantas cosas de la vida, cayeran derribadas por sus besos y caricias y sobre todo por sus palabras en italiano susurradas al oído. Me pipianissimo pianísimo. Senti el mio corpo, sento la tua piel. Te darás cuenta de que me entregué, como hacía mucho no me pasaba, a mi Marcelo Mastroiani, sin reticencias, ni dudas. Luego de un juego prolongado, colocó un almohadón debajo de mí, mientras me decía: *Tuttos le camini concuceno a Roma. Posse sere direto per autopista o buscare la Vía Appia per el sinuoso camino de las sette colina*. Algo *bennisim*o que pocos conocen y *disfrutano*. Los que se equivocan y van por las colinas de Roma quedan deslumbrados.

El barco atravesaba una zona de grandes ondas de aguas no turbulentas que lo levantaban y lo volvía a apoyar con suavidad en el mar. Mi cuerpo lo había dispuesto Marcelo de tal manera con la almohada que por autopista o por montaña lo esperaba ardiente. En el instante previo a toma la decisión, Marcelo me dijo *Io* tengo ganas de llevarte por las subidas y bajadas de las *sette colini. ¿Posso equivocarme?*

*Caro* Mario, *come si sa la notte fue* larga. Espléndida. A la mañana siguiente me apoyé contra él y me dieron ganas de bailar pese a la cantidad de energía gastada. Me doy cuenta de que nunca participé de la equivocaciones de un hombre con tantas ganas. Dado que las colinas de Roma son siete, imaginate la cantidad de veces que Casanova erró el camino. Tenía razón en que cada una de ellas deslumbraba.

Mario, feliz con sus legionarios aferrados a sus manos, agregó: —Errar el camino todas las veces que la pasión lo requiera, llegar de esa manera a la verdad.